

MARCHENA, JOSÉ (1768-1821)

HEROIDAS

I

Enone a Paris

(Traducción de Ovidio)

¡Ah! si tu nuevo dueño te consiente
las cláusulas leer de ajena mano,
lee las querellas de mi amor ardiente.

Tus mortales ofensas, inhumano,
Enone en estas selvas celebrada,
tuya, si tú lo sufres, llora en vano.

¿Qué deidad con nosotros enojada
se opone a nuestro amor? Para perderte
¿en qué, mísera, pude ser culpada?

¡Ay! culpada sufrir mi cruda suerte
mejor supiera; un pecho delincuente
firme resiste a su dolor y fuerte.

Tu nombre, ilustre agora y eminente,
oscuro fue cuando te dio la mano
Enone, hija del claro Simoente.

Paris, agora príncipe troyano,
esclavo era; yo ninfa; a hacer mi esposo
de un siervo me forzó el amor tirano.

Al abrigo de un álamo frondoso,
tendidos sobre el muelle y verde lecho,
el ganado nos vio tomar reposo.

Tal vez cubiertos del pajizo techo,
de la inclemente nieve defendidos,
yacimos juntos ¡ay! en lazo estrecho.

¿Quién te indicó las peñas do escondidos

sus cachorros dejar suele la fiera,
do se acogen los corzos perseguidos?

De tus afanes grata compañera,
yo las redes manchadas ya tendía,
los perros ya animaba en la carrera.

El plátano frondoso, la haya umbría
muestran en sus cortezas estampado
mi nombre, que tu amor grabara un día.

Y crece con el árbol levantado
el celebrado nombre; el amor mío
¡oh! con él sea a las nubes elevado.

Está plantado un álamo sombrío,
a do escribieras tú tu ardor amante,
a las frescas orillas de este río.

¡Oh! vive eterno tú, do el inconstante
grabó este verso en tu corteza dura,
jurando por los dioses ser constante.

«Antes corriendo contra su natura
de Xanto la onda tornará a sus fuentes,
que vivir pueda yo sin tu hermosura».

Tornad donde nacisteis, ¡oh corrientes
de Xanto! presurosas; apagados
yacen fuegos un tiempo tan ardientes.

Infaustos a mi amor ¡ay! son los hados:
desde el aciago día que la diosa
Juno y Palas guerrera, desechados

los decentes arreos, y la hermosa
Venus desnuda su árbitro te hicieron,
a calmar comenzó tu ansia amorosa.

Mis miembros de temor se entorpecieron,
y corrió por mis huesos un frío hielo,
cuando tales prodigios se dijeron.

Los ancianos peritos en el vuelo
de las aves consulto amedrentada;
todos me anuncian enojado el cielo.

Por el hacha tajante derribada
cae la haya en tierra y sesga con ligeras
velas la mar, en nave transformada.

Antes que «A Dios te queda» me dijeras
lloraste: ¡ay! ¡cuánto fue tu llanto honroso,
si este nuevo amor torpe consideras!

Lloraste, y lloré yo, y el abundoso
llanto por nuestros rostros confundido,
de ambos los pechos anegó copioso.

Cual olmo a la amorosa vid asido
abrazada la tiene estrechamente,
tal a tus brazos fue mi cuello unido.

Tus excusas burló toda tu gente
viendo acusar de tu tardanza al viento,
cuando soplaba más propiciamente.

¡Ah! ¡con cuán doloroso y triste acento
«Queda a Dios» me dijiste, y amoroso
en mi boca exhalaste tu lamento!

Corren las naves por el mar undoso,
hienden los remos las espumas canas,
las velas hinche el Euro poderoso.

A las olas se mezclan ¡ay! mis vanas
lágrimas, y del mar en las llanuras
miro correr las naos ya lejanas.

Entonces con fervientes preces puras
tu pronta vuelta a las Nereidas ruego;
tu vuelta, causa de mis penas duras.

¡Mis votos te trajeron, y otro fuego
te inflama, ingrato! ¡Por tu nueva esposa
fatigó ¡ay! los altares mi amor ciego!

Ya se avista la armada en la anchurosa
mar, que cual la montaña levantada,
tal resiste a su furia procelosa.

No bien tu nave veo, desalada,

a lanzarme en tus brazos anhelando,
correr intento por la onda salada.

En esto, desdichada, veo temblando
purpurados arreos, de ti ajenos,
en lo alto de la proa tremolando.

Ya surcados del mar los vastos senos
ancla en tierra la nave: absorta miro
otra mujer; ¡ay! ¿qué esperaba menos?

Ni basta a mi dolor; ¡ay! no respiro
de saña, cuando veo que amoroso
en su boca exhalabas un suspiro.

Despedazando entonces el rabioso
pecho, furiosa mis cabellos meso,
y tiño en sangre el rostro doloroso.

Mis penas, triste, de llorar no ceso;
Ida escuchó mil veces mi querella,
que de mis males ¡ay! no alivia el peso.

Así el penar que causa esa tu bella
sienta un día de su amante abandonada
y acuse en balde su fatal estrella.

Ora, ingrato, te sigue la robada
amiga al casto lecho de su esposo,
sin temer riesgos de la mar airada.

Mas ¡ay! cuando pastor menesteroso
de tu señor guardabas el ganado,
sólo a Enone el ser tuya fue glorioso.

No admiro tu opulencia, no el dorado
alcázar, ni de Príamo ser la nuera
anhelo; sólo a ser tuya he aspirado.

No porque de una ninfa a Príamo fuera,
aunque rey, la alianza ignominiosa,
y Héctor gloriarse de ella no pudiera.

Si aspiro a ser de un príncipe la esposa,
bien sienta una diadema en mi cabeza,
ni indigna soy de suerte tan gloriosa.

Del tálamo dorado la riqueza
mejor me está que del humilde lecho
de secas hojas de haya la pobreza.

No amenazan mil riesgos a tu pecho
por mi amor, ni las naos de Mycena
vengarán el insulto a su rey hecho.

Esta dote consigo trae Helena;
la guerra enciende, Menelao furioso
tu adúltera reclama a Troya ajena.

Si de restituirla estás dudoso,
consulta al invencible Héctor tu hermano,
o pregunta a Déifobo juicioso;

al sabio Anténor y a tu padre anciano,
que la edad enseñara a ser prudente,
que los dos te darán consejo sano.

Mal la carrera empiezas, torpemente
tu patria a tu pasión sacrificando;
Grecia es justa; tu amor es impudente.

¡Necio! en Helena vives, confiando
que con tal veleidad de ti prendada
constante sea su nuevo amante amando.

Cual llora Menelao la violada
fe del conyugal lecho, y su pureza
por extranjera huella amancillada,

así tú llorarás; que la limpieza
del pudor ¡ay! se mancha una vez sola,
ni lava arte ninguna la impureza.

Arde en tu amante llama agora; viola
Menelao un tiempo de su amor perdida;
ora la fe de esposa infiel viola.

¡Andrómaca feliz, que a Héctor unida
goza de casto amor suaves contentos!
Tan dulce debió, ingrato, ser mi vida.

Ligero, cual las hojas de los vientos

juguete, que a las nubes van alzadas,
volando en torbellinos turbulentos;

y como las aristas abrasadas
en el Agosto por el sol ardiente
que por los aires corren exhaladas.

¡Ay! del estro profético la mente
Casandra llena, me predijo un día
los crudos males que ora mi alma siente.

«¿Qué haces, mísera Enone?» me decía,
«Necia, que de la mar aras la orilla,
y siembras ¡ay! en vano la ola fría.

»Viene novilla griega (¡oh vil mancilla!)
a ti, a la regia stirpe, y el troyano
suelo viene a perder griega novilla.

»Sumid ¡oh dioses! en el mar insano
la torpe nave; en sangre va teñido
por esta nave el Helesponto cano».

Del fatídico ardor el pecho herido
así habló; los cabellos en mi frente
se erizan, el fatal anuncio oído.

¡Mísera! mis desdichas ciertamente
predijiste; novilla más dichosa
pace en mis pastos ¡ay! tranquilamente.

Cierto adúltera ha sido, aunque es hermosa;
prendada del amor de un extranjero,
abandonar sus dioses patrios osa.

Ni fuiste tú su robador primero;
ya un Teseo de su patria la arrancara,
si fue Teseo su nombre verdadero.

¿Crees que a su padre intacta la tornara
joven y amante? Si quién me dijera
esto ignoras, Amor me lo enseñara.

Di, si quieres: violencia fue extranjera,
y cела así la culpa cometida;
si fue robada, al rapto causa diera.

Enone la fe guarda prometida,
y no sigue el ejemplo que le has dado,
infidel, aunque por ti tan ofendida.

Los Sátiros lascivos me han amado,
yo en los espesos bosques me escondía,
y en vano por hallarme han anhelado.

Y al Fauno que los cuernos se ceñía
del verde pino que en el Ida crece
en amor inflamó la beldad mía.

Y el fundador de Troya, el que merece
la palma de la cítara y del canto,
con las primicias mías se ensoberbece.

Ni sin violencia las llevara tanto
Dios, que en reñida lucha le arrancara
el cabello, anegada en triste llanto.

Y no el metal precioso, ni la rara
esmeralda me dio, que torpemente
el oro compra la beldad avara.

El dios el arte médica eminente
me enseñó y sus secretos misteriosos
que los males alivian del doliente;

las hierbas saludables, los preciosos
aromas que produce la natura,
y sanan los dolores más penosos.

¡Mísera! que de amor la llaga dura
ni la remedian hierbas saludables,
ni toda mi arte médica la cura.

Herido de sus flechas penetrables
su autor pació de Admeto la vacada
y sintió los tormentos incurables.

La salud que tornarme no fue dada
a planta alguna, ¡oh numen poderoso,
tú sólo puedes darme malhadada!

Ten, ingrato, piedad de un amoroso

pecho, que no tiñeran, no, mis manos
en frigia sangre el Xanto caudaloso.

Tuya, crudo, en los años más lozanos
de su primera edad Enone ha sido,
y si mis blandos ruegos no son vanos
siempre conmigo vivirás, conmigo.

II

Heloísa a Abaelardo

Sepulturas horribles, tumbas frías,
también Amor persigue entre vosotras
al mísero mortal, que su saeta
no evita ni entre lóbregos sepulcros.
La letra es de Abaelardo; letra cara,
que el ojo amortiguado inunda en llanto,
y el labio sella con amargo beso
¡ay! dulce un tiempo, cuando Dios quería.

Lejos de ti, mi dulce amor, y lejos
del mundo y del placer, eterno lloro
¡mísera! me consume; en él sumida
me halla la Aurora, en él la oscura noche.
Huye de mí el descanso; horribles sombras
mi sueño cercan de temor helado.
Terrible Dios, ¿son estos tus consuelos,
tu gracia, tus auxilios eficaces?
¡Oh vanos nombres que pronuncia el vulgo,
que así cual se disipa el humo al viento,
tal desvanece el duelo y la desgracia!

Vuelve, Abaelardo, a mí, vuelve; en tus brazos
el placer gustaré que me promete
la Religión, mientras la amarga copa
me da a apurar de acíbar y veneno.
De los verdugos el cuchillo infame
no te ha quitado todo, no; tus gracias,
el hablar apacible, la sonrisa,
la hechicera elocuencia, el amor mío,
todo tienes aún; ¿crüel, lo dudas?
Ven, descansa en mis brazos; mis caricias,
mis halagos, mis besos encendidos
te lo confirmarán; supersticiosos

terrores no te asombren; el Eterno
grabó de la virtud el indeleble
Amor en los mortales; de natura
sigue las leyes que el Criador impuso.
Mentiras son las otras de los hombres
que de Dios en el nombre al hombre oprimen
y la vida envenenan y acibaran.
No, no es delito amar; es ley eterna,
obligación sagrada, que los seres
en amigable paz une y concilia;
la yedra ama la vid, la loba al lobo,
al hombre la mujer, ama a Abaelardo
Heloísa infeliz; leyes tiranas
se oponen a su amor. ¡Ah! quebrantemos
grillos que sólo la opinión los forja,
a Dios indignan y a natura oprimen.

¡Infelice! ¿Qué digo? ¿Dó me arrastra
mi pasión malhadada? ¡Yo, la esposa
de Dios, a un hombre adoro, por él gimo!
¡Yo, que deshecha en llanto ante las aras
ofrecí a un Dios celoso en holocausto
un corazón!... ¡Ah mísera! ¿Era tuyo
ese don? ¡Oh perjura! Tú quisiste
engañar a tu Dios, que vengativo
castiga tu impiedad con duro azote.
Aquel aciago día, de horror lleno,
miro siempre delante, en que forzada
pronuncié votos que abomina el Cielo.
El Ángel tutelar cubrió su rostro
herido de dolor; tronó la esfera,
el carro de Iohaváh corrió las nubes;
subió el remordimiento del abismo
a morar en mi pecho; en mis entrañas
insaciable se ceba de contino.

Cual un veloz relámpago pasaron
los tiempos del placer y los amores,
para más no tornar. Aquel día alegre
en que cedí a tus ruegos obstinados
¡ah! ¿quién creyera que fatal origen
fuese de tanto mal? El bien supremo
no es dado a los mortales. Desparecen
cual sombra los deleites, y manida
la desesperación, el llanto, el luto
hicieron en la tierra eternamente.

De Citerea a las plantas no fue Adonis
más ardiente, más tierno que Abaelardo
de Heloísa a los pies. Cielos, ¿la gloria
que ofrecéis a los justos es la sombra
de la que yo gusté? Los celestiales
se cubrieron los rostros envidiosos
de tan suprema dicha, que con mano
pródiga nos dio Amor. Las importunas
obligaciones de Himeneo, las trabas
de la opinión, nuestros contentos puros
no los aguaron, que tranquilos, libres
de la naturaleza la divina
inspiración seguimos, despreciando
las arbitrarias leyes que obedece
el vulgo ciegamente y burla el sabio.
Amor, rey de los hombres y de todo
cuanto vive y respira, sus influjos
aparta del profano que atrevido
osó imponerle sujeción y leyes.
Él es ley a sí mismo, y huye lejos
los grillos con que pueblos corrompidos
aprisionarle intentan insensatos.

Aquella noche... su memoria horrible
perezca entre los hombres; las estrellas
le nieguen su luz pura... los verdugos
los puñales afilan, luce el hierro.
Abaelardo, ¿tú duermes? ¡miserable!
¿Dónde estaba Heloísa? ¿Su amoroso
pecho no te abroquela, no te libra?
¿La vengativa cólera del Cielo,
su desesperación ¡ah! no la excita?
¿Y hay un Dios vengador?... La Deidad, sorda,
no oye del inocente los lamentos.
Triunfa la iniquidad... la sangre corre,
la sangre de Abaelardo; el desdichado
en ella se revuelca... ¡no eres hombre
y vives (¡oh dolor!) y yo respiro!
Es de la atrocidad y del delito
juguete el justo; los ardientes rayos
derruecan las altísimas montañas;
la tempestad y el cielo airado burla
el infame y perverso delincuente.
¿Y no preside a la afligida tierra
o la fatalidad o el ciego acaso?

¿Dó me despeño, triste? El negro abismo
se abre a mis plantas, su espantosa boca
me sume; ¡desdichada! las blasfemias
ya no me aterran; el delito horrendo
por doquiera me sigue; en todas partes
sólo encuentro amargura y desconsuelo.
¡Jesús, mi buen Jesús, a Ti me acojo!
Dios hombre compasivo, Tú mis llagas
¡oh Señor! Tú las sana, tus auxilios
desciendan sobre mí, Tú los raudales
de tu misericordia en mí derrama.
Omnipotente Dios, ¿podrá tu diestra
borrar en mí la imagen de Abaelardo,
imagen vencedora de tu gracia,
y vencedora de la muerte misma?
Ven, dueño amado, arráncame del seno
de un Dios amante que piadoso extiende
a mí sus brazos... y que yo detesto.

¡Oh vosotras que nunca habéis sentido
las encendidas llamas del profano
Amor que a mí me abrasa noche y día,
que ignoráis el placer y la violencia
del deleite que pródiga natura
reparte a los que cumplen con sus leyes;
vosotras, mis hermanas, que contentas
vivís en vuestro encierro voluntario,
que visiones fantásticas arroban!
¡Vuestra felicidad ¡oh! cuánto envidia,
y vuestra dicha imaginaria! El Cielo
me dio en su indignación la ciencia triste
que la superstición ahuyenta lejos,
y su mentida gloria. Ella consuela
la flaca humanidad en sus desgracias;
ella da cuerpo a las fingidas sombras,
que la verdad severa desvanece
desconsolando al mismo que ilumina.

¿Qué religión profesas, Abaelardo,
o qué Dios es el tuyo? ¿Qué; el Eterno
ve la infelicidad de sus criaturas,
y en ella se complace? ¿La tristeza
y la pena le aplacan? ¿Son contrarias
las leyes naturales a las tuyas?
¡Ah! no te asusten los espectros vanos,

de la superstición oscuros hijos.
Sólo naturaleza es inmutable,
y sus preceptos santos; los delirios
desparecen por fin, y las creencias
más arraigadas las destruye el tiempo.
Tu amor es la primera, la más santa
obligación que el mismo Dios me impuso,
y a ti también, ingrato, que así olvidas,
pérfido, los sagrados juramentos
que tantas veces ante el Cielo hiciste
de amarme eternamente. ¿De ese modo
cumples con tus promesas? En la tierra
ya no hay más fe, más ley: de su Heloísa
despreciada huye lejos Abaelardo,
sin que el amor antiguo le detenga
ni las amargas lágrimas que vierte.

¿Qué temes, desgraciado? ¿No es ya muerta
Naturaleza en ti? Ya su imperiosa
voz calló para siempre; mis cariños
ya no pueden moverte; ven, amado,
tu esposa desolada te lo ruega,
tu Heloísa infeliz. ¡Ay! hubo tiempo
que fue su voluntad tu ley suprema,
y hasta de sus caprichos fuiste esclavo.
Redúceme, Abaelardo, al buen camino
que abandono por ti; ven, aplaquemos
juntos a la Deidad que vengativa
con eternos suplicios me amenaza,
suplicios ¡ay! tan poco merecidos.

¿El lugar destinado a los amantes
es el Infierno acaso? ¿El fuego eterno
el galardón que Dios ha reservado
a las almas sensibles? ¡Ah! no es éste
el Hacedor benéfico que anuncia
la conciencia: mi amor no es un delito
ni una mortal de su Criador la esposa.
El vulgo que elevarse a Dios no sabe
mezquina torna la sublime idea
de la divinidad; a él son debidos
delirios que lamentan los piadosos,
y que befa con risa el bando impío.

Mas ¡ay, que mi pasión nada la enfrena!
ni de la santa Religión la augusta

majestad, los misterios adorables;
ni la cercana muerte, ni el tremendo
Dios que me ha de juzgar... Huye; los montes,
los mares pon en medio de tu estancia
y esta mansión del llanto, do Heloísa
la muerte invoca a sus gemidos sorda.
La pompa funeral, el aparato
de horror y destrucción ¡oh cuánto alegra
el ánima mezquina! Aquel descanso
inalterable, aquella paz profunda
que nada turba en el sepulcro frío,
¿será que venga para mí? La muerte
evita al desdichado. Su guadaña
siega la flor lozana, y deja ileso
el tallo seco y las marchitas hojas.
¡Oh Supremo Hacedor! ¿Por qué negaste
facultad en su vida al desdichado
que abruma la existencia y cansa el mundo?
Las puertas de la muerte están abiertas
perpetuamente al infeliz; seguro
puerto ofrece a la nao combatida
de la deshecha tempestad la huesa.
Al vulgo que en la muerte ve otra vida
este error le detenga... ¡Oh Dios, perdona
de mi flaca razón el desvarío,
de mi pasión el desenfreno horrible!
Respeto tu ley santa, humilde adoro
tu Religión, que la razón cautiva,
y que del tierno amor hace un delito.
La desesperación del negro Infierno
a la sima me arrastra, do sumida
fuera ya, mas la Mano omnipotente
mi flaqueza sostiene compasiva.

Anoche, al tiempo que descansa el mundo,
cuando vela el cuidado, el vengativo
remordimiento ante el dorado lecho
del tirano y las sombras macilentas
salen de su prisión, cuando los muertos
pálidos de las tumbas se levantan,
mi dolor exhalaba en llanto amargo
ante un negro ataúd: el santo templo
se estremece, las lámparas se extinguen,
el cabello se eriza, voz tremenda
resuena en mis oídos. «Heloísa,
nada temas», me dice, «ya la muerte

te ofrece en el sepulcro eterno asilo,
y ya Dios abre sus amantes brazos,
y en su seno te acoge. Yo, tu hermana,
ardí de amor cual tú, mas la encendida
llama apagó esta tierra y este hielo.
El Eterno, que el vulgo representa
cual tirano implacable, ve indulgente
de la frágil criatura el extravío,
le perdona sus culpas y consuela
sus quebrantos con gloria perdurable.
Ven; descansa conmigo». Sí, mi amada,
ya se anublan mis ojos, ya no late
el pulso amortecido; tú, Abaelardo,
queda a Dios para siempre, y tus cenizas
y mis helados huesos un sepulcro
contenga; así en los siglos venideros
del amor más constante y desdichado
serán nuestras desgracias el ejemplo.

III

Abaelardo a Heloísa

¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada!
¿Qué me quieres, bellísima Heloísa?
¿Por qué tu voz se escucha en esta tumba,
morada eterna de pavor y muerte?
De un Dios celoso los preceptos duros
tan sólo aquí se siguen, de natura
las suavísimas leyes olvidando;
amar es un delito. Sí, Heloísa;
Dios veda que te adore a tu Abaelardo
y sople el fuego que en tu amor le inflama;
el fuego que discurre por mis venas,
y que mi triste corazón abrasa.

¡Terrible suerte! mis verdugos crudos
mis órganos helaron, y la ardiente
llama que el alma mísera devora
no encuentra desahogo. Me consumo
en rabiosos esfuerzos impotentes,
los cielos y la tierra detestando.
Eterno Ser, cuyos milagros canta
el vulgo ciego ante el altar postrado,
del engaño riendo el sacerdote,

¿quieres verme rendido ante tus aras?
Vuélveme el sexo, y canto tus grandezas.

Melancólico libro, que dictado
fuiste sin duda por un alma triste;
Biblia, que haces de Dios un cruel tirano;
tú serás mi lectura eternamente.
¡Oh, cómo me complaces cuando pintas
los hombres y animales fluctuantes
en el abismo inmenso de las aguas
clamar en balde por favor al Cielo,
y la vida exhalar en mortal ansia!
Todo el linaje humano, reprobado
por el leve delito de uno solo,
me muestras arrastrando sus cadenas,
y condenado a enfermedad y muerte.
Mi gozo es retratarme estas ideas.

La desesperación fundó los claustros;
ella aquí me ha arrojado. Yo detesto
de los hombres, de Dios, y de mí mismo;
de Heloísa también, sí, de Heloísa.
Yo fragüé tus cadenas, yo tus votos
te forcé a pronunciar, yo te he arrancado
del mundo que adornaba tu hermosura.
Odio también este execrable monstruo,
que marchitó la más lozana rosa,
y en capullo cortó la flor más bella.
La desesperación ante mi lecho
hace la ronda, y en mi pecho anida
la mortal rabia; a mis cansados ojos
jamás se asoma el llanto. Di, Heloísa,
¿si reconoces tu infeliz amante
en tan fatal estado? Fueron tiempos
en que enjugaba compasivo el lloro
del triste que aliviaba en sus desdichas.
¡Cuántas veces mis lágrimas regaron
tus mejillas, la suerte lamentando
de el que la desventura perseguía!
La dulce compasión ya no se alberga
en este corazón, más que la roca
por el sumo dolor empedernido,
y hasta el consuelo de llorar me quita
la bárbara y crüel naturaleza.
Los celos y la envidia macilenta
son las pasiones que mi pecho ocupan,

y hasta del Dios que sirves tengo celos.
Cuando imagino que en el templo augusto
a Dios das un amor que a mí me debes,
execrando sus leyes sacrosantas,
el rival me declaro del Eterno.

El mundo todo contra mí conspira,
y todo me aborrece mortalmente;
yo vuelvo mal por mal, guerra por guerra.
Los monjes que sujeta a mis preceptos
la vil superstición y el fanatismo
son con cetro de hierro gobernados;
todos ven en su abad un enemigo.
La penitencia austera, amargo fruto
de desesperación que el pueblo mira
cual dádiva de Dios, y que los Cielos
airados en su cólera reparten,
en mi semblante mustio se retrata.
Ceñido de cilicios, soy yo propio
el más crudo enemigo de mí mismo,
y sufro mil tormentos que me impongo.

Debajo de mis plantas miro abierto
un abismo de penas y de horrores,
y la muerte afilando su guadaña
amenazarme su tremendo golpe.
Hiere; y descenderé tranquilamente
a la mansión eterna del espanto.
¿Del tirano que rige a los mortales
la rabia omnipotente puede acaso
castigarme con penas más horribles?
Allí yo te veré, veré a Heloísa,
y aumentará tu vista mi tormento,
tu vista que otro tiempo fue mi gloria.

Mi corazón se oprime; no me es dado
contemplar a mi amada en la desdicha.
Iehováh, que de continuo en balde imploro,
si víctima tu saña necesita,
descarga sobre mí: ve aquí mi cuello.
Tú, amada, vuelve al mundo que dejaste;
ve, torna a las pasadas alegrías,
de un esqueleto olvida las memorias,
vil juguete de Dios y de los hombres.
Si quieres ser feliz huye del claustro;
renuncia de los votos imprudentes

que no pudiste hacer; rompe tus grillos.
El hombre jamás pierde sus derechos;
cobrar la libertad es siempre justo.

Dios eterno, perdona mis delirios.
Tú me has hecho apurar hasta las heces
el cáliz del dolor y la ignominia;
¿Y quieres que mi grito no resuene
y que sufra en silencio el crudo azote?
¡Oh, [...] es Dios en sus venganzas,
si no permite al infeliz ni el llanto!
¡Oh tú, que en otros tiempos animaste
este cadáver que ante mí contino
retrata los horrores de la muerte,
espíritu que habitas las regiones
por siempre impenetrables a los vivos,
ilumina a un mortal extraviado
que confusión y oscuridad rodea!
¿Qué orden nuevo de cosas nos aguarda
en el reino espantoso de los muertos?
¿La miseria, el dolor, persiguen siempre
a los humanos tristes, y se ceban
en las cenizas yertas del difunto?
¿O es la huesa el camino de la dicha?
¿O más bien todo con la vida acaba?

Perseguido de ideas funerales,
la muerte miro como un trance horrible
que me ha de conducir a nuevas penas.
A veces en mis sueños me figuro
que, conducido por un caos inmenso,
soy presentado al trono del Muy Alto,
y el resplandor que en torno le rodea
me hace caer a tierra deslumbrado;
que me levanta el rayo fulminante,
y que el ángel tremendo de la muerte
la senda del Averno me señala,
y en la región del luto soy sumido,
condenado a tormentos sempiternos,
do son perpetuamente los humanos
víctima de las iras implacables
de un tirano crüel y omnipotente.
Despavorido me despierto, al Cielo,
a ese Cielo de bronce, alzando en balde
mis ayes doloridos y profundos.

¡Jesús, santo Jesús!, Tú que quisiste
morir crucificado entre ladrones;
mártir de la virtud, que el vulgo adora
como deidad, y que venera el sabio
como el más santo y justo de los hombres;
que contemplando el orden de los seres
admiras el gran todo, y las flaquezas
del humano linaje compadeces,
que evitó siempre tu virtud severa;
si las preces del justo pueden algo
con ese Dios que tú anunciaste al mundo,
suplícale que alivie mis quebrantos;
la desesperación que despedaza
mi corazón, que desvanezca luego
un rayo de su gracia poderosa.

¿En qué pudo ofenderle un desdichado
que amaba la virtud, que así le priva
de gozar por jamás algún contento?
Aparta ya, gran Dios, de mí tu soplo,
súmeme de una vez en el sepulcro,
y corta el hilo de tan triste vida.

Vosotros, monjes, que he mortificado
hasta haceros la vida detestable,
¿no tomáis la venganza? ¿Qué os detiene?
¿O queréis que respire en mi despecho?
Vosotros, que el silencio de las celdas,
la soledad medrosa de los claustros
y el lúgubre pavor del cementerio
excita a los proyectos más atroces;
espíritus crüeles que endurece
contra la humanidad la penitencia;
vosotros encendisteis las hogueras
del fanatismo; y el puñal agudo
clavasteis en el pecho del hereje;
que [...] a Dios a sangre y fuego,
[...] contra mí vuestros horrores.

¿Qué pena da a los monjes un delito?
¿Son éstos, Heloísa, de tu amante
Los suaves coloquios. ¿Dó se fueron
las deliciosas noches ¡ay! pasadas
en brazos del placer, cuando Heloísa
templaba con sus besos amorosos
el ardor de mi llama? ¡Suerte horrible!
Del deleite supremo el dulce cáliz
me dio a gustar natura, porque sienta
el valor infinito de la dicha

y el peso del dolor intolerable,
que para siempre morará conmigo.

Ya no invoco la muerte, que huye lejos
del mísero que vive en los ultrajes.
Ni el cuchillo crüel de mis verdugos,
ni mis suplicios, ni mi austera vida,
ni mi ayuno continuo, ni mis duelos,
nada basta a arrojarme en la fría tumba.
Las sombras pavorosas de los muertos
rondan en derredor de mí contino,
y a habitar me convidan sus mansiones;
en balde; que el destino aborrecido
me tiene fijo a la enemiga tierra,
y huye la muerte cuando yo la toco.

¡Oh Señor!, ¿para cuándo señalaste
el término a mis días tan ansiado?
¿Me has de dejar sufrir eternamente?
¿O quieres que publique tus loores
de la horrible desgracia perseguido?
Quebranta las cadenas que sujetan
mi cuello a la pasión; libre me hiciste,
tórname en libertad, tu don conserva.

Amada, oyó mis votos el Eterno.
La dulce calma vuelve a mis sentidos.
Ya va a herirme la muerte, y ya el descanso
de mis fatigas acercarse miro.
En el seno de un Dios, de un padre amante
de sus criaturas, las delicias todas
me aguardan de consuno; que en tus brazos
solamente gusté su vana sombra.
Aquí de los humanos los delirios
desparecen por siempre; un Dios piadoso
perdona a los errores invencibles
que graba la crianza en nuestras almas.
Felicidad y dicha inalterable
habitan las regiones fortunadas,
que de monstruos horrendos puebla el hombre.
Aquí nos hallaremos, Heloísa,
y nuestras almas con amor más tierno
se estrecharán en lazo indisoluble.
Vive feliz, y piensa en tu Abaelardo;
tu amor causó sus glorias y sus penas,
y ni en la postrer hora te ha olvidado.

